

*El que pomposamente se ha dado en llamar Año Internacional del Niño, comenzó en España con mal pie: la muerte a manos del amante de su madre de un niño de catorce meses. Fue el primer eslabón de la cadena. En las tres primeras semanas de enero, varios menores sufrieron desgracias diversas: unos fueron secuestrados; otros, detenidos; unos, tiroteados; otros, abrasados. Y como regalo de Reyes para todos los niños de España, el Estatuto del Menor, elaborado, eso sí, por los mayores de UCD.*



A los niños se les niega todo derecho, todo placer. Sólo cuentan porque un día serán mayores. El Año Internacional del Niño no pasa de ser una comedia producto de malas conciencias impotentes.

**E**L pasado año se despidió con los ecos del accidente en el paso a nivel de Muñoz (Salamanca), en el que murieron treinta niños y unos setenta sufrieron heridas de diversa gravedad. Aumentaba la inquietud ante las noticias procedentes de Italia, que hablaban de la aparición de una nueva enfermedad infantil, misteriosa y mortal, a la que ni los médicos más expertos encuentran solución. Por otra parte, a mitades de mes nace en el hospital de Glasgow el segundo bebé-probeta, de sexo varón y de peso dos kilos setecientos gramos. Dentro de este terreno de la Medicina hay que señalar que, según un estudio de la Subsecretaría de la Salud, el pasado año hubo unos ochenta casos declarados de polio, lo que supone un número mayor que los dos años anteriores juntos. Cómo ya es costumbre, miles de niños continúan en nuestro país sin escolarizar o escolarizados deficientemente. Dentro de este amplio panorama, los casos que en el presente reportaje vamos a señalar son botones de muestra, anécdotas —cruales y a veces mortales anécdotas— que ilustran el mundo infantil.

#### Olvidos, torturas

Hay una mitomanía popular que gusta de narrar casos en los que los cirujanos olvidan instrumentos —bisturíes, tijeras, agujas— en el cuerpo de la víctima. Tal vez a Ra-

quel Expósito, cuando tenga la desgracia de ser mayor (ahora tiene diecisiete meses), no la crea nadie al contar su aventura. El último día del pasado año, Raquel expulsó por el ano un termómetro. La niña había estado, poco tiempo antes, en la clínica de la Concepción para curarse de una enfermedad. Los padres y la dirección del centro suponen que el aparato medidor de fiebres entró en el intestino de la niña cuando alguna enfermera se lo había colocado entre los glúteos y como consecuencia de un movimiento que aquélla hizo. Se deduce que la tal enfermera no se dio cuenta de nada, olvidó completamente el termómetro y se fue tan campante con su bata blanca y su cofia blanca.

Jorge Prudenciano Sánchez, sin embargo, sí sabía la víspera de Reyes, al ser detenido, por qué lo era. Desde hacía varios meses, Jorge, de veintiséis años, vivía con Manuela Galisteo, de veintinueve. Esta

#### GONZALO GOICOECHA

tenía dos hijos con Silvestre Duchatelier, de treinta y nueve años, quien trabajaba como médico en el ambulatorio de la Seguridad Social de Parla. Según la Policía, Jorge reconoció que solía maltratar tanto al niño muerto como a su hermano Manuel, de tres años. Los gritos, los lloros, la mierda y los juguetes de los hijos de su mujer molestaban a Jorge y le impedían ver la televisión. Por eso les pegaba. Por eso apagaba algunas veces los cigarrillos en sus tiernas carnes. El día 1 estaba Jorge viendo la televisión, pero el más pequeño de los niños seguía sin escarmentar, ignoraba, a pesar de tener ya catorce meses, que al hombre de su madre no se le podía molestar lo más mínimo, pasara lo que pasara. Y esa ignorancia le costó la vida. Porque Jorge tomó al niño —su cuerpo muerto presentaba numerosos hematomas y quemaduras—, golpeó su cuerpo, su cabeza y, para rematar, ahito de indignación porque el programa con-

tinuaba, lo arrojó contra el suelo. Fue una muerte instantánea tras la tortura (días antes, Manuela Galisteo había llevado al niño al ambulatorio para lo que reconociera su padre, porque padecía numerosos hematomas; ninguno de los dos denunció a Jorge por malos tratos porque, según la mujer, temían sus represalias).

#### ¿Quién es la madre?

La joven Aurora Cifuentes cumplía condena por asalto a mano armada en una joyería. Aurora se portaba bien y por eso pasó a régimen abierto, y en las fiestas navideñas tuvo unos días de libertad como consecuencia del nuevo estilo de García Valdés. Pero, a lo que se ve, Aurora tenía ocultas intenciones y no volvió por el penal. Fue a buscar a su hija María José, de cinco años, a la que habían adoptado a los diez días de nacer los señores Raigal López. Madre e hija fueron busca-

das infructuosamente. Al parecer, Aurora fue vista en un club de su tierra asturiana, pero sin su niña.

La disputa era entre mayores, pero quien la sufría —quien la sufre— es María José, Parida por una mujer, fue criada por otra. Hay una legislación que trata de estos temas: patria potestad, guardia y tutela, "colocación de hogar", etc. Hay unos organismos que se encargan de aplicarla: Protección de Menores. Hay mucho papeleo que hacer. Nadie consultará a la interesada, porque hemos aceptado por válido que a esa edad no se tiene conocimiento. Dicen los entendidos que la legislación española defiende el vínculo sanguíneo como el más fuerte. Y añaden que lo lógico sería que se tuviera en cuenta el sentido de familia. Todo son bizantismos. A María José le da igual. Unos la quieren, otros también. Pero, ¿por qué? ¿Por ella misma o por cubrir un hueco, para ser un objeto a que agarrarse?

Los niños no tienen sitio en esta sociedad sino en función de que un día serán mayores. Por lo tanto, la infancia es una edad de tránsito —como si las otras no lo fueran— que por ella misma no sirve. Y como no produce, se le aguanta como inversión cara al futuro, pero se le priva de todo derecho. Las decisiones las toman los mayores —siempre recordando su infancia, por otra parte— y les prohíben hasta el inocente sexo. Los padres, por haberlos parido con la irresponsabilidad que les caracteriza, les imponen desde la religión a las ideas políticas. Para llenar el vacío de sus vidas, les aman morbosamente y con egoísmo. Un egoísmo que puede llevar hasta el suicidio colectivo, el suicidio familiar, suicidio incestuoso.

Como le pasó a un niño catalán, ya a finales de este fatídico mes de enero. Su padre viudo, de cuarenta años, decidió quitarse la vida y quitársela a él. Lo que yo te doy, yo te lo quito. Los cuerpos de padre e hijo fueron encontrados el día 21 en el interior de un Seat 850, en la carretera de Horta a Sardañola. El padre viudo tenía cáncer de hígado. El hijo, una enfermedad propia de su edad: varicela. La del mayor era grave; la del menor, sin apenas entidad. El dolor del padre, más cruel que el Dios de la Biblia, exigió, para justificar su cobardía —o valentía, qué más da—, la inmolación del unigénito. No subieron al monte, ni llevaban sarmientos. El Abraham del siglo XX eligió el coche, altar de inmolaciones cotidianas: comunicó el tuvo de escape con el interior del coche y murieron. El, con su cáncer; el hijo, con su varicela.

### Como en un cuento de Dickens

En el barrio de San Blas, de Madrid, como en casi todos los barrios

de casi todas las capitales españolas que el capitalismo ha construido, no hay parques donde correr, ni árboles a los que subirla, ni lugares cubiertos donde pasar las tardes libres de invierno. Sólo está la calle urbana, más autopista que calle; con ruidos, coches que sólo echan humo y aceras invadidas por los que no lo echan. Los niños viven por ellas sus largas horas sin un duro de vacaciones navideñas. Y, a pesar de ello, la vuelta a clase es dolorosa (y que así siga siendo por los siglos de los siglos).

Los niños del barrio de San Blas conocen al "Sargento", aunque seguramente todos ignoraban hasta hace poco, hasta que salió en los periódicos, su nombre de pila y su apellido: Anselmo Carretón. El "Sargento" es un mendigo que antes fue militar.

Juan Oscar, como otros chicos, conocía, claro está, al "Sargento". Y hasta es posible que tuviera puestas en él todas sus fantasías, porque de niño se acepta con cariño al más raro, sea pobre, loco, subnormal, enano, patiocorto, cuellilargo, quijotesco, ruin o pederasta de urinario público. El caso es que, cercanos ya los días de vuelta al cole (palabra odiosa esta que hasta la usan los grandes almacenes), Juan Oscar desapareció de pronto. De inmediato se habló de un se-

mendicidad en las calles elegantes y en las bocas de los "metros". Al finalizar la jornada, entregaba todo lo recaudado y recibía como premio treinta pesetas para comprarse un bocadillo. Juan Oscar habló incluso de un viaje a Valencia, donde el ex militar tenía unos cómplices a los que les pasaba los niños. Porque eran varios los niños explotados.

En los días posteriores a la publicación de la noticia, el gabinete de prensa de la Jefatura Superior de Policía achacaba toda la historia a la fantasía de un niño sin muchas ganas de volver a clase. Según el portavoz de prensa, esa organización no era posible, y todos los indicios apuntaban hacia la hipótesis de una colaboración entre el muchacho y el mendigo sin mayores consecuencias. Lo cierto es que, a los pocos días, el "Sargento" fue detenido por la Policía y pasado a disposición judicial, acusado de retención de un menor al que obligaba a ejercer la mendicidad y de la entrega de cheques sin fondo por valor de medio millón de pesetas.

### Llamas, detenciones, tiros

En el plazo de menos de veinticuatro horas, tres niños murieron



En las tres primeras semanas de enero, varios niños españoles sufrieron desgracias: secuestros, muerte, detenciones, incendios. En la foto, aspecto parcial de la chabola de Palomeras Altas tras ser apagado el incendio que terminó con la vida de dos niños.

cuatro. A los pocos días, el niño —once años— apareció con cara de asustado. No fue parco en palabras a la hora de contar a la Policía su aventura.

Y el niño contó una historia propia de Dickens. Juan Oscar fue secuestrado por el "Sargento" y durante siete días permaneció en su poder. Este le obligaba a ejercer la

abrazados en sus casas. El primer incendio tuvo lugar en la parte más pobre del madrileño barrio de Palomeras, un barrio ya pobre en sus mejores zonas. Era en una casa de planta baja, a medio camino entre la vivienda y la chabola. El lunes 15 de enero, el padre de Oscar e Ismael, pintor de oficio y en paro, fue por la tarde a buscar trabajo. A las

cinco, la madre se acercó a la guardería infantil para recoger a su hijo mayor, José Antonio, de cinco años. En casa quedaban Ismael y Oscar. El primero, de nueve meses, dormía en la litera, mientras Oscar, de tres años, se entretenía con un parchís. Según dijeron después los bomberos, el incendio comenzó al arder los faldones de una mesa camilla debajo de la cual había una estufa eléctrica. La casa quedó totalmente destruida y los dos niños murieron asfixiados.

A las veinte horas aproximadamente, un hecho de similares características tenía lugar esta vez en Carabanchel. Un cortocircuito originó el incendio. Perdió la vida el niño de seis meses Javier Arribas, y su hermana Lidia, de seis años, quedó en estado grave, con fuertes quemaduras y síntomas de asfixia. Pilar, la madre, había salido al mercado sobre la una menos cuarto.

El mismo día fueron detenidos por la Policía el "Leiva" y el "Mono". Tienen catorce años y se habían fugado varias veces del reformatorio. En una semana que estuvieron libres se hicieron con cinco radios de coche, dieron el palo a varias tiendas de comestibles de Moratalaz, Vallecas y Vicálvaro y levantaron una loca, un Dodge Dart largo y hortera, ampuloso y guapo. Los dos muchachos habían pertenecido a las ya famosas bandas de "El Jaro" —detenido a finales del 77— y de "El Gasolina" —detenido el pasado octubre.

¿Hasta qué edad se es niño? ¿Hasta los diez años? ¿Hasta los catorce? Tal vez Eduardo Gómez, de catorce años, fuera todavía niño. O tal vez llevaba ya tiempo siendo mayor, madurado prematuramente. Murió como sus héroes: en un enfrentamiento con la Policía. Según la nota oficial, un coche policial tipo K localizó un automóvil que infundió sospechas a los policías. Era en la barriada barcelonesa del Buen Pastor, al día siguiente de la detención del "Leiva" y del "Mono". "El conductor del vehículo sospechoso, lejos de detenerse, arremetió contra el vehículo policial, al tiempo que sus ocupantes disparaban contra la dotación". Los colegas pudieron escapar, pero Eduardo quedó herido y murió nada más llegar al hospital.

El aumento de la delincuencia incluso entre los niños está obligando a una readaptación de todo el aparato represivo. También del legal. En ese sentido camina el Estatuto del Menor, que fue hecho público a primeros de año por el director general de Desarrollo Comunitario, José Manuel García Margallo. En él se considera a la familia como el núcleo básico de la sociedad y de la formación de la personalidad del niño. Y por ahí van los tiros. Es un paso adelante con respecto a la legislación anterior. Se dice que se intentará evitar el internamiento de los niños. Se dice. ■